

GANADORES

2024

CONCURSO LITERARIO

CIUDAD DE ARNEDO



biblioteca
pública
arnedo



ARNEDO
AYUNTAMIENTO

Premio del Concurso Literario Ciudad de Arnedo.

Categoría Relato.

EL NÚMERO 37 DE LA CALLE SIN NOMBRE

Luisa friega los platos que ha usado para almorzar, los seca con cuidado y los coloca despacio en un mueble que cuelga de la pared. Tras secarse las manos con un delantal que luego se quita, se dirige al cuarto de baño y se coloca frente al espejo, indecisa. "¿Y si no aparezco? ¿Qué pasaría si no voy?", se pregunta, sabiendo que irá. Por eso vuelca un pegote de maquillaje sobre la esponja con gesto indolente, cubre con ella hasta el último poro de su rostro, y constata que su fatigado aspecto de "mujer del montón" se esfuma milagrosamente.

Durante unas horas —"iré por última vez"— será una mujer atractiva, interesada en seducir a su hombre, y no la solterona rarita que todos suponen que es. Porque Luisa, según sus vecinos, es una mujer peculiar. De exquisitas maneras, temperamento calmado, legendaria sensatez.... resulta sin embargo tortuosamente reservada para sus asuntos. Eso es bueno, por supuesto, dicen también, porque es probable que sea escrupulosamente discreta para los

asuntos de los demás. Pero aun así...les escama. Nadie la ha visto llorar ni reír. Jamás le ha levantado la voz a nadie ni ha discutido con ningún vecino; No se le conocen novios, ni amigas, y salvo trabajar, no tiene ocupaciones reseñables. También resulta extraño - y así se comenta en los corrillos- que en una comarca tan falta de mujeres, una tan prudente y virtuosa, no haya encontrado marido.

En cualquier caso, la mujer que se está aplicando ahora una máscara de pestañas, ya está harta de ser como es. Su indiscutible maestría en el noble arte de la represión emocional la ha dejado exhausta, y aunque domina la difícil ciencia del disimulo, ya no le interesa ejercerla. Su pericia para el más laborioso desdoble es como una pesada cruz que la estuviera aplastando, y ahora solo desea compartir sus sentimientos con alguien. Desahogarse. Porque el talento para el hermetismo, siendo admirable, ha logrado que la soledad se cebe con ella, y si no toma pronto cartas en el asunto, enloquecerá.

Presa de una inquietud insidiosa, tan constante como las mentiras que lanza al mundo, la estanquera - Luisa es la dueña del único estanco de Carcabuey- abre su armario y rebusca en él una chaqueta amplia y sin forma con la que ocultar su vestido ceñido, es decir, su cuerpo. La tarea de esconderse -por dentro y por fuera- ha sido en el fondo la misma tarea siempre, y aunque hoy insiste en repetirse que

"será la última vez", por el momento, no quiere llamar la atención.

Luisa, preparada para salir, revisa el contenido de su bolso de piel, se lo cuelga del hombro y se acerca al espejo por última vez. Por los postigos de la ventana se cuela un poderoso rayo de sol que le planta una aureola de luz sobre la frente. "La santidad me persigue" ironiza. Porque Luisa se considera una mujer perversa. Engañar a un pueblo entero durante tanto tiempo, aun constituyendo una proeza encomiable, una hazaña digna de ser contada, una gesta que alguien con tendencia a murmurar disfrutaría enormemente, en realidad no es más que una forma de pecar que está deseando confesar al mundo.

Cierra la puerta con llave, baja al portal por las escaleras y se entretiene unos instantes en la zona de los buzones, donde la sorprende Carmen Palma, su indiscreta vecina del primer piso, quien, sin el más mínimo disimulo, y tras pasear la mirada por toda su anatomía, le pregunta que "a dónde va tan elegante".

"Es usted muy cotilla", quiere responderle Luisa, pero se muerde la lengua. Cientos de veces ha fantaseado con responder algo así a todo aquel que se ha inmiscuido en su vida, pero nunca ha sido capaz de hacerlo. Responder en tono jocoso, por supuesto, recurriendo a la deliciosa ambigüedad del humor, esa que es capaz de esconder, bajo

un retintín burlón, la verdad más sincera. Ella, que sabe hacer tantas cosas, ésta la ignora, y reconociéndose incapacitada para las bromas, se descubre a sí misma dándole a Carmen Palma toda clase de explicaciones sobre sus planes, anunciando que tiene cita con el dentista en Lucena, que irá en autobús, que necesita empastarse una muela, y que ya ha colocado un cartel en la puerta del estanco avisando de que esa tarde abrirá a las siete en lugar de a las cuatro y media. Satisfecha con la exhaustiva respuesta, Carmen Palma no duda de la sinceridad de Luisa, y tras despedirse de ella, la observa alejarse calle arriba.

Camino de la parada, pasa la estanquera por delante de la portería del inmueble donde se ubicó la primitiva expendeduría de tabacos, veinte años atrás, cuando el estanco no era más que un mostrador en el hueco de una vieja escalera, un negocio de portería, tan modesto como incierto, e ideado por su abuela para que "la niña pudiese vivir de algo". Lo repitió al soltar los cuartos con los que se pagó el traspaso, firmado siete meses después de haber encontrado el cuerpo de Luisa enredado en espasmos, un 7 de marzo de 1953. Fue impactante para la abuela encontrar a su nieta convulsionando en el suelo del cuarto de baño, borracha de diazepam, y sobre todo, saber que si hubiese tardado cinco minutos más en llegar se hubiera consumado el desastre. Si no es por su abuela, Luisa sería ahora un fantasma -uno auténtico-, habitando en la negra conciencia

de un hombre. Porque al sobrevivir, Luisa le hizo un inmenso favor a Jacinto, que se olvidó de decirle, cuando la enamoraba, que ya estaba casado con otra. Recuerda Luisa, apretando el paso, con que sumisión aceptó el vaticinio familiar de irredenta soltería, por un lado, y que la venta de sellos, postales, cigarrillos y chicles, por otro, se convirtiera en su único destino posible.

Contra todo pronóstico el negocio fue un éxito, y Luisa pudo dejar la portería y alquilar un buen local en la mejor calle del pueblo. Era allí donde continuaba despachando su mercancía, la tangible y la invisible -esa especie de melancolía asfixiante, de languidez pegajosa- que tanto desasosiego producía al mirarla. En cualquier caso, era obvio que había encontrado su lugar en el mundo, un lugar sólido y estable, donde era respetada y compadecida a partes iguales.

El autobús, como ocurre siempre a esas horas, llega con pocos viajeros y Luisa puede escoger asiento. El vehículo abandona el pueblo y se dirige hacia el oeste. Luisa mira por la ventana, y sus ávidos ojos navegan por el mar de olivos que se extiende por cerros, lomas y campiñas, buscando la paz que tanto añora. La placentera ensoñación se diluye media hora después, en cuanto aparecen las primeras casas de Lucena.

Luisa se apea del autobús arrepentida de su grotesca elegancia y camina por la acera mientras sorteá un viento repentino que levanta un polvo ligero. Su amante, entre tanto, la espera donde siempre, en el segundo piso, puerta A, del número 37 de una calle sin nombre que surge a su izquierda. En veinte años de relación amorosa jamás han coincidido en ningún sitio público. Sólo se han visto allí, en el número 37 de la calle sin nombre. Él la espera impaciente, ya desnudo, fumando un cigarro y con la frase "¿te ha visto alguien?" aguardando en los labios junto a sus manidas excusas: "Salomé es la madre de mis hijos y no puedo dejarla".

Veinte años lleva Jacinto alquilando ese pisito de cuarenta y cinco metros cuadrados con vistas a un páramo desnudo sin casas ni árboles, veinte años desde que firmó un contrato como arrendatario en el que figura Luisa como avalista, para que la estanquera le brinde los variados placeres que Salomé le escatima. "Llevo demasiados años, concluye Luisa, escuchando el mismo bolero desafinado".

Mientras sube por las escaleras de la moderna vivienda, se repite que la arraigada costumbre de preparar sus encuentros con Jacinto ya no constituye la sublime antesala de un éxtasis adictivo, sino una engorrosa rutina. Todo se volvió, en algún momento, predecible y sórdido. Enquistada la traición, sin ningún futuro para ellos, el engaño

se tornó aburrido, tanto como las películas que ella ve en el sofá los sábados, invariablemente sola, o como la compra que hace en el ultramarino los viernes por la tarde, también en soledad, o la aritmética de los libros contables que rellena en la salita sin más compañía que su propio tedio. Jacinto es como el crucigrama que resuelve sin esfuerzo antes de la siesta, como la misa del domingo que soporta entre bostezos, o como el tedioso punto de cruz con el que tapiza las paredes del pasillo. Su presencia es tan ilógica que ya no aporta, ya no suma. Solo escuece. Es rutina, una de tantas, rígida como los cadáveres que en forma de escrupulosos hábitos la mantienen cuerda. Por ello, cuando saca la llave del bolso para abrir la puerta, se alegra de su decisión. De la legión de tics, manías, inercias y ritos que dotan de sentido a su existencia, ha llegado el momento de excluir a Jacinto.

A las siete de la tarde está de vuelta en Carcabuey, y como siempre que abre el estanco más tarde de lo habitual, le incomoda la escena que se encuentra. Hay varios vecinos haciendo cola, y se muestran impacientes, resoplan malhumorados y tuercen el gesto sin disimulo. Luisa, cohibida y culpable, se excusa como se disculparía un condenado a muerte por haber perpetrado un crimen

sangriento. No contentos con ello, el rosario de indiscreciones comienza de inmediato:

- ¿Y cómo se llama el dentista al que ha ido?
- ¿Otra vez? Si hace poco también fue al dentista...
- ¿Y qué le han cobrado por un empaste en Lucena?
- ¿Por qué no va al dentista del pueblo?

Sabe que ha de responder con aplomo, sonriendo, como hace siempre que finge ir a los restantes profesionales -asesores fiscales, podólogos, fisioterapeutas, abogados- o hasta al entierro de parientes inexistentes en Córdoba capital, pero hoy le cuesta, de modo que las mentiras se resisten a salir. Además, no puede evitar que con cada palabra que pronuncia los músculos de su cara se tensen y contraigan. Su sosegado rostro ha dejado de ser tal cosa y se ha convertido en un rompecabezas de muecas que no encajan, de rictus desagradables, evidenciando un malestar tan visible como lo sería un saco de lona cubriéndole la cabeza. Le tiembla el labio inferior, e incluso la pierna izquierda, y un nudo le aprieta el esternón impidiéndole respirar. Veinte años de reclusión en una torre de silencio, enterrada en una tumba de mentiras, y prisionera en una celda de ridícula pasión son ya demasiados. Su cuerpo protesta.

Frente al estanco hay una coqueta mercería con un rótulo luminoso sobre la puerta. En él puede leerse, en letras azules, "Salomé, arreglos de costura". La estanquera, que ha dejado de contestar las preguntas de sus clientes, está rígida como un muerto, inmóvil detrás del mostrador, y con la mirada absorta en la mercería de enfrente. En ese instante Carmen Palma, la vecina chismosa del primer piso, entra al local. La recién llegada no entiende qué pasa. ¿Por qué la estanquera está mirando fijamente a su prima Salomé -tan delgada como siempre, con su fría elegancia- y a su marido, el bueno de Jacinto? Este le ha llevado un café a su esposa para que merienda, como hace cada tarde desde tiempo inmemorial.

—El hombre más enamorado del pueblo — dice Carmen Palma, sonriendo y volviéndose hacia Luisa— es muy afortunada mi prima. Lo ha dicho para romper el hielo, deseosa de entablar conversación con la estanquera y averiguar, de una vez por todas, qué le está pasando por la cabeza.

- Así es —replica Luisa, sonriendo como una autómata— Un amor admirable, el de Jacinto por su esposa.

- ¿Se encuentra bien? —pregunta la vecina, cada vez más extrañada ante la mirada lunática de la tendera.

Sin contestar a su pregunta, Luisa continúa hablando:

- Si quiere saber hasta qué punto es grande ese amor, le aconsejo que cuando vuelva a su casa, abra el buzón y saque de su interior el sobre que hace unas horas —justo cuando nos vimos y me preguntó a dónde iba—, yo había dejado ahí para usted.

- ¿Un sobre para mí? - pregunta Carmen Palma, que no entiende nada.

Luisa sonríe, asintiendo con la cabeza.

—Para usted y para el pueblo entero. Ya se ocupará de difundir su contenido.

Silencia por tanto que el sobre contiene una copia de todos los contratos de alquiler relativos a la vivienda sita en la segunda planta, letra A, del número 37 de una calle sin nombre.

Paloma Ruíz del Portal Muñoz

Accésit del Concurso Literario Ciudad de Arnedo. Categoría Relato.

INSTANTES

Abril de 2023

(Televisión)

... en lo que se ha dado a conocer como los nuevos amantes de Teruel. Una exposición fotográfica que muestra fielmente la forma de vivir en aquellos duros años de la postguerra. Un retrato de cientos de personas, en una romería, en fiestas populares y, varias de la misma persona, una mujer desconocida que posa sola, pensativa y en alguna, incluso, con el fotógrafo, con lo que se ha convertido en el primer "selfie" del que se tiene constancia en nuestro país. La exposición se titula: "España pre-vaciada".

Tuve que sentarme, aquellas imágenes me habían transportado a un día de mi vida del que recordaba todo, segundo a segundo como en una película a cámara lenta. Cogí el teléfono y llamé a Cora.

Diciembre de 1944

El invierno, aquel año, estaba siendo especialmente duro, varias semanas seguidas sin ver el sol, tan solo nieve

y más nieve. Recuerdo perfectamente a Salvador llegando a la escuela al galope porque en la calle hacía mucho frío. Era su primer día y, al llegar más tarde, se sentó a mi lado, que era el único que quedaba libre. Le dije que se podía caer señalándole los cordones de las botas y me contestó que no sabía atárselos. Le enseñé como a mí me había enseñado mi madre y nos hicimos amigos. Ambos teníamos en común que no éramos de allí. Él me dijo que su padre era caminero y que iban de aquí para allí parando poco en todos los pueblos. Yo le dije que a nosotros nos pasaba lo mismo, que yo era hija de guardia civil y que recorríamos España de punta a punta.

Los niños, en aquel pueblo y en casi todos de la zona, a partir de cierta edad, dejaban de ir a la escuela porque tenían que ayudar en casa. Yo tenía la suerte de ser la pequeña de varios hermanos y la única niña, por lo que pude seguir estudiando.

Para cuando llegó la primavera ya éramos inseparables. Tan diferentes, tan extraños y a la vez tan iguales entre nosotros. Recorríamos toda la jurisdicción, lo mismo cogíamos setas que nos íbamos a las cuevas a buscar tesoros. Merendábamos, tanto en una casa como en la otra, ya que lo poco que había se compartía. Nuestros padres veían felices aquel apego y, sin embargo, adivinaban lo dura que sería la separación. Ellos también habían dejado

atrás verdaderas amistades y sabían de lo que hablaban. Resignados asumían su destino. No veían posibilidad de cambio en años venideros.

Corría el mes de agosto entre baños en el río y paseos al fresco de la noche cuando anunciaron a mi padre un nuevo destino. La familia de Salvador se quedaba un poco más, el estado de las carreteras por aquella zona estaba bastante dañado debido al paso de camiones de una cantera cercana. Lloramos, nos abrazamos. Salvador quería escribirme. Mi padre le dio la dirección del nuevo cuartel, pero al llegar allí nos dijeron que había habido un error y que nos destinaban a otra provincia. Le escribí comunicándole el cambio de dirección. La carta me fue devuelta. Anotaron que habían vuelto a marcharse a otro sitio. No ponía adónde.

Pasaron los años y me casé con un guardia civil como no podía ser de otra manera viviendo como vivíamos en una casa cuartel. Contaba con veinte años y tras años en el mismo pueblo ansiaba ver el país. Lo que más me gustaba del trabajo de mi marido era que volvíamos a ser itinerantes. Es más, creo que lo elegí por eso, le gustaba viajar, ver lugares nuevos. Era curioso y tenía don de gentes.

Al llegar a un pueblo, mientras él trabajaba yo recorría las calles, hablaba con las personas e indagaba a mi manera, por ver si alguien conocía a una familia que antiguamente habían sido camineros. Nadie me sabía decir,

era un país muy grande y una familia se perdía dentro. Cuántas veces me pregunté si todo habría sido un sueño.

En nuestro nuevo destino de la sierra turolense, mi marido había salido con tres guardias más a la montaña a reabrir unas rutas que se encontraban intransitables por los derrumbes ocasionados tras las últimas lluvias. Tendrían que estar varias noches fuera porque había bastantes aldeas incomunicadas.

Mayo de 2023

Las fotografías, en tamaño póster, dominaban la sala; ya desde fuera se veían a través de los cristales, imponentes. Los focos iluminaban los retratos confiriéndole a cada uno la importancia que tenían dentro de la muestra. Además, había unas libretas con los mismos en pequeño por si reconocías a alguien. Una vez averiguada la identidad de esas personas, hasta entonces anónimas, la comisaria de la exposición se encargaba de ponerles nombre.

En las paredes pantallas digitales mostraban las imágenes que cambiaban cada diez segundos. De cuando en vez, se oían gritos emocionados. Alguien acababa de reconocer a un ser querido en un retrato que nunca antes había visto. La mayoría de las fotos estaban tomadas en una romería, pero también las había de mujeres y hombres que se habían hecho el retrato para el carnet de identidad.

Sentadas en sillones rojos, varias personas miraban los reportajes.

La miseria y el trabajo duro recorren las mejillas metidas hacia dentro de esta gente, protagonistas de la muestra. Los surcos nasogenianos están demasiado marcados por el hambre, por las inclemencias del tiempo y por la propia vida que les ha tocado vivir. Reflotar un país con tanta sangre derramada es proyecto harto difícil y se cimentará poco a poco.

Cora me ayudaba con el andador, a veces me costaba un poco empezar a caminar. De espaldas a mi había un señor elegantemente vestido en silla de ruedas. Cuando se giró para recibirnos lo reconocí al instante.

Junio de 1958

En el pueblo vecino había una romería y en el cuartel me comentaron que era muy bonita y que se podía llegar andando, así que me fui como una peregrina más. Subí a la ermita y entre la muchedumbre lo que más llamaba la atención era un fotógrafo ambulante. Me acerqué también y me quedé helada al instante, me había hecho a la idea de que no lo vería nunca más y, sin embargo, hubiera reconocido aquel rostro entre miles.

—¡Salvador!

Él, al oír que le llamaban por su nombre, se volvió hacia mí y tampoco tuvo dudas sobre quién era yo.

- ¡Ágata!

Nos abrazamos allí mismo, llevábamos años sin vernos. Hablamos de todo lo que había pasado en aquel tiempo. El sol estaba en todo lo alto y la gente buscaba la sombra para almorzar, así que cerró el puesto y nos fuimos a comer a una alameda, teníamos tanto que contar y tanto que escuchar. Conversamos de mi marido, de los destinos que había tenido y, al confesar que siempre preguntaba por él en cada pueblo al que llegábamos, un ligero rubor tiñó mis pómulos.

—Nunca he estado con nadie tan a gusto como aquel curso contigo. Me entendías. No te agobiaban mis sueños por imposibles que fuesen ni hacías que me bajara de la nube en la que me encontraba —dijo Salvador con un nudo en la garganta mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla, no estaba acostumbrado a mostrar aquella parte frágil de su personalidad.

Yo le acaricié el rostro y él se volvió atrapando mis labios con los suyos sin dejarme tiempo ni de respirar.

—Llevo años soñando que me pierdo en ellos. Por ser demasiado niño no los probé —maldijo con voz ronca acariciándolos con el pulgar—. Me persiguen desde entonces.

Sorprendida por el inesperado beso y por mi rápida y entusiasta reacción pensé que así tenía que ser el amor. Inesperado, pasional, embriagador, caótico, alucinante. Con mi marido todo era más calmado, no sentía ese hormigueo en el bajo vientre ni esas mariposas revoloteando por el estómago.

Los besos aumentaron de intensidad, pero allí estábamos muy cerca del pueblo y era mejor no dar que hablar. Volvimos a la ermita donde Salvador hizo varias fotos, entre ellas, algunas a mí y luego nos separamos. Quedamos en encontrarnos a la bajada, donde él me recogería en su vehículo.

—Me da miedo sentir lo que siento, soy una mujer casada y me debo a mi marido —manifesté una vez que nos reunimos de nuevo—, pero esto que tengo aquí adentro, ¿cómo me lo quito? ¿Qué hago con este anhelo que lleva años conmigo sin saber ni lo que es y que a veces no me deja respirar?

—Abrázame y no pienses, siente el momento, este que es tuyo y mío. Déjate llevar.

Y con los brazos entrelazados fuimos a la caravana donde pernoctaba cuando se hallaba fuera y donde tenía el laboratorio para revelar. Entre esas cuatro paredes me hizo más fotos. Sola. Mirando a cámara. Ensimismada en mis pensamientos. Y después, nos tomamos varias juntos,

experimentando, probando, sin dejar de devorarnos con ojos, manos y bocas, explorando nuestros cuerpos. Sin dejar de sonreír

Ya de madrugada, con la boca hinchida y el espíritu pleno, me acerqué a la casa cuartel entrando por una puerta de servicio. No vi a nadie, ni nadie me vio.

Mayo de 2023

—¡Salvador! - el nombre acudió a mis labios en forma de susurro.

Él se acercó hasta mi manejando con soltura el mando de su silla motorizada.

- ¡Ágata! - mi nombre salió de su boca también en un murmullo—. Llevo toda la vida esperando este momento. No sabía si vendrías, si....

- Si seguiría viva —respondí completando su pensamiento a la vez que me sentaba en un sillón de los allí dispuestos al tiempo que ponía la mano en su brazo y acariciaba su mejilla.

- Sí.

- Vi la foto en televisión, esa en la que estamos juntos y abre la exposición, así que convencí a Cora de que me trajese. Ella no quería, digamos que estoy delicada, pero

ahora sé por qué no me ha llevado la muerte todavía. Acabo de obtener la respuesta a años de preguntas.

Cora se acercó, era el vivo retrato de la mujer protagonista de la exposición.

Salvador la miró y la pregunta surcó el aire aterrizando en nuestro reencuentro:

—¿Es mía?

Le miré sopesando contarle o no la angustia que viví hasta que supe que Serafín había muerto sepultado en un nuevo derrumbe. La pena de saberme en estado y traer al bebé yo sola a este mundo. La duda de saber quién era el padre. En cinco años no me había quedado embarazada y aquella noche... La culpa; la lucha; las preguntas de Cora; el avanzar de dos mujeres, como fuera, hacia adelante en tiempos convulsos y complicados; el dónde estarás, Salvador...

Él, mientras me observaba, recordó su acelerada huida al exilio. El haber ayudado a unos maquis había ocasionado que estuviera en busca y captura. En la frontera, el hurto violento de su caravana en un campamento lo dejó maltrecho y tuvo que reponerse dejando atrás, no solo sus recuerdos en forma de negativos, sino su propio nombre. Miles de trabajos después, tenía un perfil profesional y una vida hechos en el extranjero y, sin embargo, un inquieto afán

por volver a una tierra ingrata, donde a pesar de su trabajo y premios internacionales era un don nadie, le impedía ser feliz. Mi nombre rondaba sus sueños y guiaba sus pasos, hasta que dio inesperadamente con los negativos robados en el rastro de una pequeña ciudad perdida en ninguna parte. Y cómo, desde aquel día, todo había estado encaminado hacia este, más que improbable reencuentro.

—Cora es tanto tuya como de Serafín. En cuanto tuvo edad de entender le conté todo y en su infancia le hablaba de cosas buenas de los dos. ¿Qué habría pasado si él no hubiera fallecido? Nunca sabremos cómo se hubieran desarrollado los acontecimientos. Hemos venido aquí a cerrar el círculo que ambas teníamos abierto; ella, el de su origen y yo, el de mis propias preguntas. En cuanto a Cora, en realidad, es mía, porque solo le puse mi apellido, porque somos dos, pero somos una y lo que le ocurre a una nos afecta a las dos. Y como sé lo dura que puede ser la soledad, no quiero que ninguno de los tres pasemos ni un día más así.

Diana Herrero Gil de Muro

**Premio del Concurso Literario Ciudad de Arnedo 2024.
Categoría Poesía.**

MI PERRO SABE IDIOMAS

Mi perro sabe idiomas. Como yo.
Traducimos la lluvia, el runrún del silencio, las sombras, el fulgor
de los astros, los labios de los peces,
los ojos de los pájaros.

Traducimos el olor de las incertidumbres, las estatuas y las estaturas,
los estornudos (si van de dos en dos, porque cuando van solos
no hay quien los entienda),
el movimiento sensual de las mareas, el vaivén de los árboles,
los aspectos del aire carcelario.

A veces nos pasamos la tarde traduciendo
(por el simple placer de traducir)
los gestos de quien esconde el gesto, el clamor
del que calla, los trenes y las estaciones,
las ventanas cerradas, abiertas y entreabiertas,

las pisadas de quien viene o quien va por el sendero,
el dibujo geométrico de las telas de araña.

Traducimos la envidia (es la traducción más complicada),
la lealtad, la impaciencia, las ganas de vivir y de soñar,
el lenguaje cifrado de los deseos prófugos,
el código secreto de los tiempos difíciles,
el orden de los días en desorden,
los recuerdos, las lágrimas.

Traducimos miradas, sensaciones ocultas, pensamientos
ajenos,
escenarios, paisajes, cuadros posmodernistas,
canciones olvidadas, nostalgias, invenciones,
los disfraces y avíos de cualquier soledad,
lo usual y cotidiano, las distancias y el miedo
a lo desconocido, la matemática
del ser y del no ser, los posos de cada perspectiva.

Nos gusta especialmente traducir las tormentas, el sonido
del río,
las nubes (sus formas son un bello jeroglífico),
las caritas risueñas de los niños, el crepitar del fuego en las
hogueras,
el papel de burbujas, el color ambidiestro,
las figuras de hielo, la indumentaria
de los espanta pájaros.

Somos los traductores del momento que pasa
y del que se ha quedado detenido.

Mi perro y yo nos traducimos.

Él, además, sabe ladrar.

Yosé Álvarez Mesa

**Accésit del Concurso Literario Ciudad de Arnedo
2024. Categoría Poesía**

ARIES

Cuentan los murmullos de tu ausencia,
tus besos sabor tabaco y mango,
y tu escasez en mis sábanas.

Que ya no me buscas,
ni me ríes, ni me tocas,
como antes lo hacíamos.

Cuentan cada uno de tus cabellos,
tus escarpadas curvas mimosas,
y nuestra inexistencia compartida.

Que nunca nos quisimos,
nunca fuimos juntos,
ni nunca nos amamos.

ya nouento los silencios
que quedan desde tu marcha,
ni el vacío que has dejado.

Javier Domínguez Gil de Muro



ARNEDO
AYUNTAMIENTO



biblioteca
pública
arnedo

SERVICIO DE PRÉSTAMO

Con el carné de lector

3 libros + 3 revistas por 15 días renovables

2 libros electrónicos por 21 días renovables

2 CD + 2 DVD + 1 CD-ROM por 7 días no renovables

HORARIO: Lunes a viernes, de 16:00 a 21:00 horas

C/ Santiago Milla, 18 Telf. 941 383815

www.arnedo.com

www.arnedo.biblioteca.larioja.org